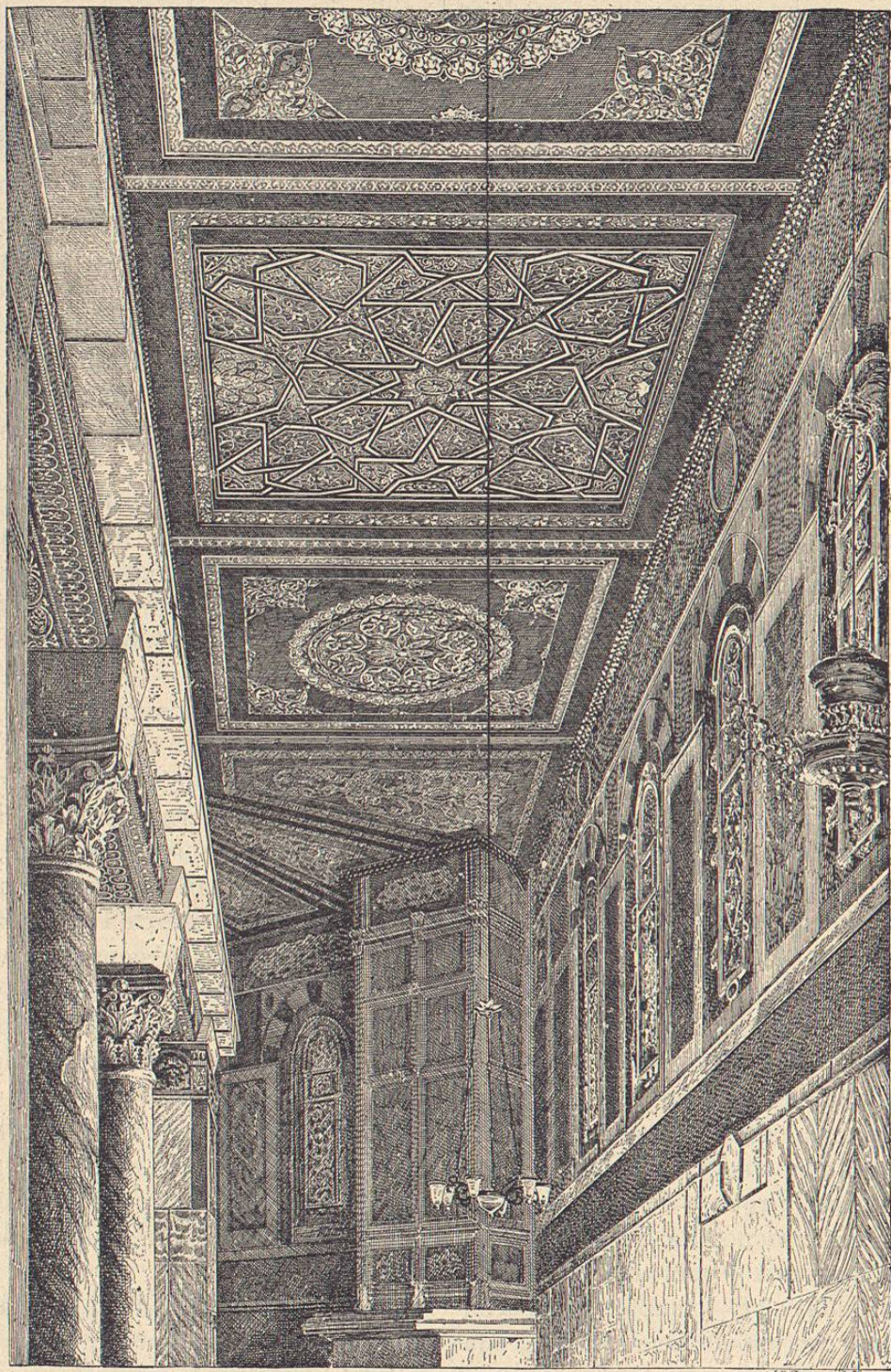


monte de los Olivos, el torrente de Cedrón, el valle de Josafat, la tumba de la Virgen, la sepultura de los reyes de Judá, la vía sagrada, el monte Sión, y muchos otros de que están llenos aquellos contornos! Ya sea escéptico, ya creyente, el visitador no puede contemplar con indiferencia esta antigua cuna de una de las más poderosas religiones que ha visto el mundo;



Techos de la primera galería interior de la mezquita de Omar. — De fotografía sacada por el autor

pues la sombra de Jesucristo parece cernerse aún sobre la ciudad que le vió morir, y todo está lleno de su nombre.

Sin duda no conviene proceder á un análisis muy detenido acerca de la autenticidad de estos lugares; porque su prestigio no tardaría en disminuir. Los que la tradición ha designado no

han sido consagrados por ella sino en una época en que la imaginación sola, guiada por una fe ardiente, podía hallar las huellas, cuyo recuerdo se había perdido mucho tiempo antes.

La arqueología moderna es severa en sus apreciaciones, demostrando que la Jerusalén actual se halla á muchos metros de altura

sobre la antigua ciudad; que se la construyó sobre los montones de ruinas de la primera, destruída completamente por Tito, y que no existe ningún medio positivo de reconstruir con exactitud su antigua topografía.

*Torre árabe de Ramleh.*—Entre el pequeño número de antiguos monumentos árabes que Siria posee, mencionaré también la torre situada cerca de la villa de Ramleh, entre Jafa y Jerusalén.

Los Arabes la designan con el nombre de Torre de los cuarenta mártires, asegurando que en ella fueron sepultados cuarenta mahometanos, víctimas de su fe.

Este edificio es una bella muestra de arquitectura sarracena: es de forma cuadrada; recibe la luz por unas ventanas ojivales, y se sube á la cúspide por una escalera de ciento veinte peldaños, que, excepto los últimos, se conservan en muy buen estado.

Se ha considerado á la torre de Ramleh como obra de los cruzados, y en efecto recuerda mucho el estilo que estos importaron en Europa; pero no sólo no es dudoso su origen árabe, sino que está probado, tanto por ciertos detalles de arquitectura, como por una inscripción, perfectamente conservada, que indica haber sido construída el año 700 de la hégira (1310 de J. C.). Esta inscripción concuerda con las indicaciones de un historiador árabe, quien nos dice que la hizo un hijo del sultán Kalaum, y además la piedra de la leyenda está colocada de tal modo, que me parece imposible que lo haya sido después de construído el edificio.

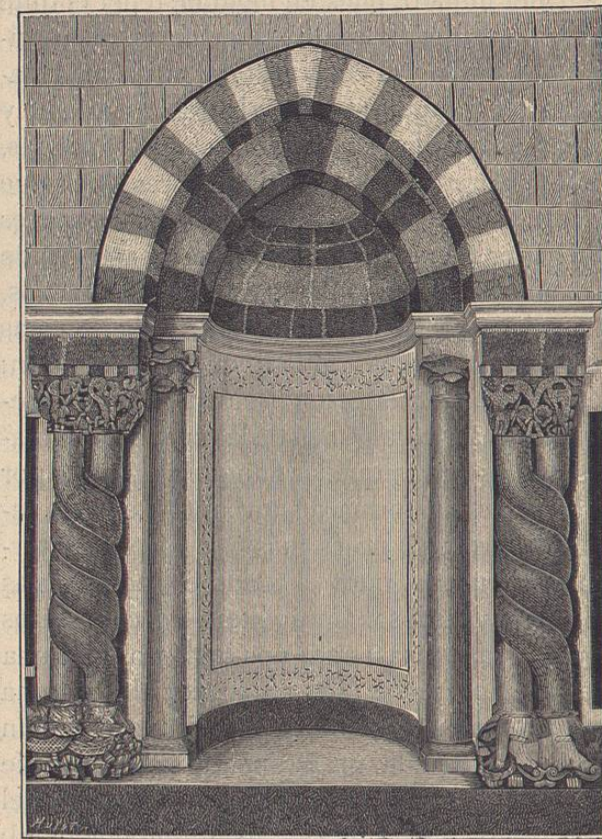
*Monumentos árabes de Damasco.*—Hemos visto, al hablar de los Arabes anteriores á Mahoma, que en aquellos lejanos tiempos en que blanqueaba el alba de la historia, Damasco ya era el centro del comercio de Oriente. Los Arabes la conocían muchos siglos antes de Mahoma, por ser una de las ciudades á donde llevaban los productos de su país. Considerábanla como el paraíso del mundo; y era entonces, como lo es hoy, una de las ciudades más imponentes del globo, la luz de Oriente, según decía el emperador Justiniano.

Tanta importancia tenía Damasco que los Arabes la hicieron capital de su imperio: título que primero adquirió Medina, y que hasta mucho tiempo después no se dió á Bagdad.

Mientras fué capital del imperio árabe, y hasta mucho tiempo después, Damasco fué también el gran centro comercial, científico é industrial de Oriente; y su escuela de medicina,

su observatorio astronómico, y sus palacios y mezquitas eran célebres en todo el mundo.

Esta vieja ciudad, contemporánea de las Pirámides, en la cual han reinado los Asirios, Medos, Egipcios, Persas, Griegos, Romanos, Arabes y Turcos, está todavía en pié; aunque los saqueos é incendios han destruído casi todos sus monumentos.



Oratorio de Omar en la mezquita El-Aksa. — De fotografía

Por mucho que los Arabes no sean ya dueños de ella, su religión, costumbres y lengua predominan todavía; siendo quizá una de las ciudades del mundo que posee el carácter más árabe. A pesar de que el resto de Siria ha recibido la influencia de los europeos, Damasco, donde el europeo penetra raras veces, está enteramente libre de ella; de modo que por más que el Cairo sea fundado por los Arabes; por más que estos reinaran en él largos siglos, y le dejaran monumentos, de seguro más importantes; es necesario ir á Damasco para comprender bien las costumbres de Oriente, remontar hasta los orígenes de la historia, y vivir en el pasado.

Vista de lejos, descollando, con sus minaretes, sobre un oasis de verdura, Damasco tiene un aspecto hechicero, que con justicia alaban todos los viajeros; aunque á mí me parece que no vale tanto como el aspecto mágico del Cairo, contemplado desde las alturas de la ciudadela.

«Damasco presenta á los viajeros que se aproximan á ella, dice Mr. David, el espectáculo más grandioso, más original y hechicero á la vez. A vuestros pies, aparecen unos arrabales esmaltados por la verdura de los jardines; estos arrabales se dilatan en grupos de árboles y casas, á través de una anchurosa llanura, dando la vuelta á un cinturón de murallas, de lo más singular del mundo; pues en lugar de tener el tinte terroso, sucio y triste de las fortificaciones occidentales, brillan al contrario del modo más maravilloso: compuestos de piedras amarillas y negras, alternadas de mil modos, unas redondas, otras cuadradas y otras triangulares, bien que todas artísticamente dispuestas, esos baluartes almenados tienen verdaderamente el aspecto de un cinturón de terciopelo, salpicado de topacios, como dicen los poetas orientales. Además estas murallas no son las únicas que se descubren; viéndose en el interior de la ciudad otras que separan sus barrios, algunas de las cuales son notables por las torres que las flanquean, y otras por los adornos, en forma de turbantes, en que rematan. Pero esto no es más que el primer término del cuadro, pues el fondo es todavía más brillante y curioso. Compónese de casi tantos árboles como casas; aquí nos hallamos con una línea de cipreses, que es un paseo; allí con una serie prolongada de arcadas moriscas, que es un bazar; en seguida un grupo de palmeras que balancean sus graciosas cabezas por encima del pilón semicircular de una fuente monumental; luego unos cuadros de árboles frutales en el interior de un palacio musulmán; y finalmente más de mil cúpulas con sus medias lunas en la punta, y sus minaretes puntiagudos en los flancos. Ese laberinto de terraplenes floridos, de grandes árboles y hermosos jardines produce un efecto tanto más henchido de prestigio, cuanto que la luz de un sol ardiente y los argentados reflejos de siete ramales sinuosos del río Barradah le prestan además toda la magia de los colores. Tal es Damasco, Al-Cham, como la llaman los Arabes, dándole el mismo nombre de la Siria.»

Cuando se entra en la ciudad el panorama es al principio poco lisonjero, al menos para el europeo, pues Damasco ha sido siempre para los Arabes la perla de Oriente. Hállanse calles tortuosas y sucias, casas desvencijadas, con las paredes de barro y paja; y una polvareda irresistible, de que no puede formarse idea quien no la ha visto; todo lo cual produce los primeros días una mala impresión, que no se borra sino cuando uno empieza á aclimatarse.

El considerable comercio que hace Damasco con el resto de Oriente le da grandísima animación y un sello oriental muy característico. Damasco recibe por las caravanas llegadas de Bagdad los productos de Persia y de India, y les envía sus célebres sedas, tejidos, tafletes, y sus cobres incrustados de plata.

Repito que debe irse á Damasco para contemplar el verdadero Oriente con sus deslumbradores colores: las calles de la antigua ciudad y su curioso bazar ofrecen el espectáculo más interesante y variado. Allí se ve desfilar en algunas horas á todos los pueblos de Oriente: á los Persas con sus gorros de piel, y su puñal en la cintura; á los Sirios con sus capas rayadas, en forma de dalmática, la frente ceñida por un kufieh, sujeto con una cuerda de pelo de camello; mujeres árabes envueltas de pies á cabeza en velos blancos, bajo cuyos pliegues brillan unos ojos ardientes; damasquinos vestidos de un traje talar de seda negra y amarilla, ceñido á la cintura, y con el fez rojo ó el turbante blanco en la cabeza; soldados turcos, armados de cimitarra; peregrinos de la Meca, que ostentan con orgullo sus harapos; cawas consulares, cuyo uniforme azul desaparece entre bordados; funcionarios otomanos que llevan una ceñida levita de Nizam; guerreros drusos de altivo talante, con el cinturón erizado de armas, y cabalgando en magníficos caballos, cuyas sillas de purpúreo taflete, bordado de oro y plata, relampaguean á los rayos del sol; largas hileras de camellos pesadamente cargados, conducidos por mercaderes llegados de Caramania, de la Anatolia, ó de las orillas del Eufrates: Kurdos, Beduinos, Armenios, Maronitas, Judíos y hasta Griegos del Archipiélago. Toda esta multitud abigarrada forma una inextricable confusión de colores brillantes, donde se hallan todos los tonos del arco iris, mientras que los rostros nos ofrecen todos los matices comprendidos entre el blanco sonrosado más claro, y el negro de ébano más intenso.

Cuando desde el diván de un café árabe contemplaba yo, á través del humo del narghilé que estaba fumando, aquel kaleidoscopio extraño, parecíame á veces que un poder mágico había evocado un instante del reino de las sombras á todos los pueblos asiáticos de los tiempos pasados; pues aunque en Constantinopla, en el puente que va de Galata á la orilla opuesta del Cuerno de Oro, he visto un espectáculo quizá tan variado, el elemento europeo predominaba demasiado; y si bien uno ve una mezcla de

todos los pueblos del mundo, no ve ya el verdadero Oriente.

El aficionado á lo pintoresco, el artista y el arqueólogo pasarán deliciosos días y meses en Damasco. Sería fácil escribir un volumen, tratando de los restos de arquitectura que allí se pueden estudiar; pero cada día van desmoronándose más, y pronto desaparecerán. En el arrabal de Meidan, á la entrada del camino que va á la Meca, se halla á cada paso ruinas de mezquitas, de fuentes y otros monumentos, que aunque no cuentan más que dos ó tres siglos de existencia, ofrecen, á causa del respeto de los Arabes por las tradiciones, temas ornamentales muy antiguos, y donde aparece frecuentemente la influencia persa.

Tampoco puede verse hoy día en otra parte sino en Damasco, palacios construídos según los antiguos modelos árabes; cuyos edificios por su gusto y comodidades, son muy superiores á nuestras viviendas europeas más lujosas. Por desgracia siguen también la ley común de las cosas, y van desapareciendo.

Tendré ocasión de estudiar en otro capítulo uno de los palacios de que acabo de hablar, y por ahora no mencionaré entre los monumentos de Damasco más que el único edificio verdaderamente antiguo que contiene: á saber, su gran mezquita.

Levantada sobre el área de un templo pagano, y convertida después en iglesia cristiana, remonta, al menos en parte, á los primeros tiempos de la hégira. Reconstruyéronla después de un incendio que la destruyó en 1069 de nuestra era (161 de la hégira), y hoy en día es muy inferior á lo que fué antiguamente, y muy inferior en particular á todas las mezquitas del Cairo.

La gran mezquita de Damasco está construída por los mismos planos que los primeros edificios análogos del islamismo, y cual ellos, se compone de un gran patio rectangular aporricado, uno de cuyos ángulos ocupa el santuario, y en los demás se levantan los minaretes. En el capítulo dedicado á los Arabes en Egipto tendremos lugar de describir muchos monumentos de este mismo tipo.

Según los historiadores árabes, la parte baja de las paredes de la primitiva mezquita estaba

cubierta de los más raros mármoles; y la parte alta, como también la cúpula, de mosaicos; la techumbre era de madera dorada, y sostenía 600 lámparas de oro; finalmente los nichos para la oración estaban revestidos de piedras finas.

La mayor parte de esta ornamentación ha desaparecido, y ahora las paredes están cubiertas de bellas inscripciones, y las ventanas guardadas de vidrieras coloradas. Sin embargo, se descubre en algunos puntos las huellas de los antiguos mosaicos.

La mezquita tiene tres minaretes; dos de ellos cuadrados, y el tercero, que es graciosísimo, octógono, con galerías sobrepuestas, y en el remate una bola sobre la cual se levanta una media luna. Uno de estos minaretes, el que llaman de la Desposada, es tenido por uno de los más antiguos que existen, haciéndose remontar su construcción al primer siglo de la hégira. El otro, cuya forma es cuadrada, lleva el nombre de minarete de Jesús, porque éste, según la tradición árabe, bajará sobre su cúspide el día del juicio final.

El bosquejo precedente nos demuestra que desde el principio de sus conquistas los Arabes, diferenciándose mucho de los pueblos conquistadores que debían sucederles, respetaron todas las obras creadas antes de ellos, y no pensaron más que en servirse de la civilización ya existente, haciéndola progresar; y que aunque entonces fuesen muy ignorantes, luego sobrepusieron á sus mismos maestros. Si la táctica militar y el empleo de las máquinas bélicas de los Griegos les son desconocidos, aprenden rápidamente lo que no saben, y se muestran en breve más entendidos que sus adversarios. Las artes y las ciencias estaban entre ellos en la infancia; pero los Arabes fundan numerosas escuelas, que les permiten igualar y luego superar á los pueblos que les precedieron. Nulos eran sus conocimientos en arquitectura. Pero emplean á los Bizantinos y á los Persas, en clase de arquitectos; y como modifican gradualmente sus monumentos, poniéndolos en consonancia con sus propios sentimientos, llegan á librarse más y más de toda influencia extranjera, y á sustraerse completamente á ella, según veremos dentro de poco.